

Y.

YAÑEZ JOSÉ MARIA, *Prefecto de Guanajuato*.—Hombre muy honrado, pero sujeto con demasiada frecuencia á las influencias de las personas hostiles á la intervención. En la administración de su Departamento, ha dejado hacer gastos exagerados é inútiles.

YAÑEZ LIC. D. MARIANO.—Véase el folio 17. (Página 11 de esta edición).

Z.

ZENEA BENITO, *general de brigada*.—Santanista; hoy poco á propósito para hacer un servicio activo.

BIOGRAFIA

DE

MONSEÑOR LABASTIDA.

DIRIGIDA Á SU MAGESTAD

EL EMPERADOR.

FONDO HISTORICO
ESTADO COAHUILA DE ZARAGOZA

MÉXICO, FEBRERO 28 DE 1866.



FONDO HISTORICO
RICARDO QOVARRUBIAS

BIOGRAFIA

DE

MONSEÑOR LABASTIDA,

ARZOBISPO DE MÉXICO.

Monseñor Labastida nació en el Estado de Michoacan; sus estudios hasta recibir las órdenes los hizo en el Seminario de Morelia.

En la carrera que tenia delante de sí, su fortuna, su buena presencia y sus numerosas relaciones, fueron poderosos auxiliares para su porvenir. Aunque muy joven, no tardó en ocupar los principales puestos eclesiásticos; entre ellos se pueden citar dos ricos curatos, y el provisorato del obispado de Michoacan.

Los beneficios de un curato y de un provisorato, eran en aquella época exorbitantes: con el producto de estos beneficios, el Sr. Labastida aumentó su fortuna; se hizo de influencia en el clero de ese obispado, y contrajo una estrecha amistad con Monseñor Munguía, obispo de su diócesis.

Su nombramiento de canónigo fué la recompensa de su servilismo; vino á ayudarlo en su ambicion, y le sirvió

para aumentar sus relaciones no solamente con el alto clero de su diócesis, sino tambien con el de las otras, á las que llegaba su nombre, precedido de un renombre halagador.

Sus riquezas y la amistad que le ligaba al prelado, contribuyeron mas á darle mas influencia, que su virtud y saber.

En aquel tiempo murió el obispo de Puebla; el general Santa-Anna, presidente de la República, que no gobernaba sino en apariencia, pues el clero era el que gobernaba en realidad, por su ostentacion y sus riquezas. Los ministros de este gobierno no eran mas que instrumentos ciegos del clero; Teodosio Lares, ministro de Justicia, y que dirigia la política, no era mas que una criatura del obispo de Michoacan.

Monseñor Munguía se interesó por el nombramiento de Monseñor Labastida; y como el ministro de Justicia dominaba al presidente Santa-Anna por su influencia sobre el clero, Monseñor Labastida, despues de varias intrigas y despues de gastar fuertes sumas para comprar el silencio de los opositores, obtuvo la Mitra.

Este nombramiento para ser válido, debia obtener la sancion del Papa; pues la ley del país, que daba al presidente la facultad de nombrar á los obispos, subordinaba estos nombramientos á la sancion del Santo Padre, que si la hubiese rehusado, era nula por solo este hecho.

Monseñor Labastida, que sabia todo esto, no perdió el tiempo, y fué á ver al Nuncio del Papa en México y se arregló con él, sin esperar á que el gobierno informase á la corte de Roma. El Nuncio dió aviso de este nombramiento directamente al Santo Padre, diciéndole que el nombramiento de Monseñor Labastida para el obispa-

do de Puebla, llenaba los votos unánimes del clero y de los habitantes de la diócesis, en donde Monseñor Labastida, que era enteramente desconocido, pasaba por un santo.

El Nuncio escribió igualmente, que el nuevo obispo reunia á un saber profundo é incontestable, todas las virtudes de un apóstol, y poseia en el mas alto grado la humildad cristiana; esta humildad era el resultado del orgullo y ambicion que Monseñor Labastida sabia emplear en su provecho.

Como resultado de las notas del Nuncio, el nombramiento fué aprobado sin dificultad, y el Nuncio recibió de Monseñor Labastida, en recompensa de su servicio, cuatrocientas onzas de oro, y Monseñor Munguía le regaló un anillo pastoral, adornado de brillantes, que valia igual cantidad.

Despues de tomar posesion Monseñor Labastida, hizo vender ó fundió una gran cantidad de alhajas de las iglesias de su diócesis.

Aparentó enviar una parte del producto de las alhajas á Roma, bajo el título de dinero de San Pedro, para demostrar al Papa el placer que habia experimentado el clero de la diócesis de Puebla y el de México, en virtud de la Declaracion Dogmática de la Inmaculada Concepcion de la Virgen; pero en realidad esta suma fué remitida á los agentes secretos que trabajaban por implantar en México la monarquía, á la cabeza de la cual deberia colocarse un príncipe español.

La otra parte fué entregada al gobierno de Santa-Anna, para combatir el levantamiento que habia tenido lugar en el Estado de Guerrero y que tomaba un carácter alarmante.

Monseñor Labastida no se contentó con haber dado el dinero para que se derramase sangre; hizo mas, autorizó verbalmente á los eclesiásticos y á los frailes, á denunciar de una manera subrepticia á diversos individuos que designaba como conspiradores y hostiles al gobierno.

Estos eclesiásticos y frailes denunciaban los hechos que se les confiaban aun violando el secreto de la confesion, que la muger y los parientes confesaban en el tribunal de la Penitencia, en el temor de cometer sacrilegio.

Al levantamiento de Guerrero, siguió una revolucion que hacia grandes progresos y se hacia amenazante: el general Santa-Anna, en el espacio de ocho ó diez meses, habia perdido mas de 6,000 hombres en este mismo Estado de Guerrero, y teniendo necesidad de dinero para hacer nuevos levantamientos, se dirigió al clero, que no rehusó el dinero que se le pedia; pero vaciló.

Despues de serios debates, en los que se habia casi decidido que vendria en ayuda del gobierno, Monseñores Labastida y Munguía se opusieron, y pusieron en juego tantas intrigas, que se salieron con la suya despues de formular una repulsa ingeniosa, y el gobierno no pudo conseguir nada ni por amenazas ni por súplicas.

Santa-Anna se enfadó con Monseñores Labastida y Munguía; y á causa de los engaños que acababa de experimentar por parte del clero, se fué con dos mil hombres para Veracruz; allí nombró un triunvirato, y se embarcó para Turbaco.

La partida de Santa-Anna ocasionó tales desórdenes, que hicieron triunfar la revolucion: Alvarez entró á México, y no permaneció mas que algunos meses y se fué, nombrando á Comonfort presidente de la República.

El nuevo gobierno comenzó por señalar algunos abusos del clero, y manifestó la idea de proponer algunas reformas. Monseñor Labastida se alarmó, y habiendo hecho un llamamiento al alto clero de todas las diócesis, formó una gran conspiracion, cuya ramificacion se extendió por todo el país.

Sus agentes, miembros del clero y militares separados del ejército, se esparcieron secretamente por todos los Estados, los unos, para percibir secretamente el dinero de los curatos, y los otros, para seducir á las tropas por promesas y por dinero.

El padre Miranda, principal agente de Monseñor Labastida y el alma principal de la conspiracion, iba por todas partes disfrazado, tratando con los obispos y dirigiendo con la mayor audacia todos los hilos que debian hacer estallar la revolucion, que dió por resultado hacer verter durante tres años consecutivos la sangre de los inocentes.

El obispo de Puebla era el foco de todas las maquinaciones que se forjaban y que él dirigia en calidad de gefe. El padre Miranda las comunicaba á todas las diócesis.

Monseñor Labastida, tomaba el dinero de los curatos, de los conventos y de los particulares para fomentar las disensiones, y estaba tan ciego por su empresa, que muchos gefes militares recibian el dinero de él, por la sola promesa que hacian de pronunciar tal ó tal batallon, sin haber pensado nunca en esto.

Creyendo que podia contar con la promesa que habia recibido y por los informes de sus agentes que acababan de seducir un medio batallon, Monseñor Labastida se pronunció abiertamente, y el Pastor de las almas, el re-

presentante de los apóstoles, se trasformó en un conspirador tenebroso, sediento de sangre y capaz de todo exceso.

Entretanto este medio batallon se aumentó con todos los individuos enganchados por los clérigos, y marchó sobre Puebla. La guarnicion de la ciudad, seducida con el dinero del obispo, abrió las puertas é hizo causa comun con aquellos que acababan de entrar.

Dueño de la ciudad, Monseñor Labastida se fortificó, con la esperanza de que otros imitarian su ejemplo como se lo habian asegurado sus agentes.

Con esta esperanza, hizo grandes fiestas, un Te Deum fué cantado por Monseñor Labastida, se dieron banquetes públicos que duraron hasta muy entrada la noche y degeneraron en orgías.

Clérigos y frailes ocupaban las calles armados de pistolas, repartiendo dinero y bendiciones, gritando: "mue-
ran los puros," y Monseñor, léjos de reprimir el desórden, lo fomentaba en persona; su gefe mas activo y perjudicial era el padre Miranda.

Una cantidad de trescientos mil pesos, que el obispo habia reunido, la puso á disposicion de los gefes de la revolucion para el sustento de sus tropas; y otros objetos preciosos de las iglesias de Puebla fueron fundidos, y su producto se agregó á los trescientos mil pesos, para asegurar la cooperacion de las tropas y en espera de otras.

Los conventos de religiosas tenian preparadas hilas y vendajes para los futuros heridos, y los frailes, para no quedarse atras, habian hecho formar gran cantidad de cruces de género, llevando una inscripcion de "Viva la Religion," "Muerte á los Puros." Colocaban estas cru-

ces en el pecho de cada individuo que encontraban, y desgraciado del que no la llevaba.

Todo esto estaba ordenado por el obispo, que hacia llevar esta con la esperanza de que las tropas que estaban fuera de la plaza, siguieran el ejemplo de las de la guarnicion; pero perdió su esperanza, y se resignó á permanecer con los revoltosos de Puebla.

Dos veces el presidente Comonfort envió tropas á Puebla, y dos veces estas tropas fueron seducidas, y abrazaron la causa del obispo; lo que visto por el presidente, formó un cuerpo de guardia nacional, y puso sitio á la ciudad.

Durante el sitio se vió á los clérigos y frailes armados en las torres de todas las iglesias, tirando contra los asaltantes, y otros recorriendo las calles animando á los revoltosos.

El padre Miranda se lisongeaba en tiempo de Zuloaga de haber matado mas de *veinte chinacos* con un rifle.

Los gefes de los revoltosos iban todas las mañanas á recibir la bendicion del obispo, que los acompañaba con regalos para entretenerlos en el buen camino.

Sin embargo, las guardias nacionales no se daban mucha prisa; y despues de un largo sitio, Puebla sucumbió.

El general Traconis, hombre de corazon y energia, fué nombrado gobernador de la plaza, quedando advertido, que si Monseñor Labastida continuaba sus amenazas y no queria someterse, diese cuenta al gobierno.

Comonfort, instruido de la conducta del obispo, que habia sido el principal autor de todos los males que habia ocasionado á la ciudad esta revuelta, dió sus órdenes para que Monseñor Labastida fuera arrestado, entretanto salia desterrado á Europa. Pero aunque Labastida era

desterrado, su agente principal el padre Miranda, se quedaba, y el obispo pudo hacer llegar sus instrucciones y sus poderes á fin de retirar el dinero y mandarlo á donde pudiese servir para mantener la agitacion de los espíritus.

El padre Miranda cumplió su mision y comprometió al Arzobispo y á todos los Obispos, que se vieron obligados á hacer causa comun con él.

Desde Roma, á donde se habia retirado Monseñor Labastida, continuó fomentando el foco de la revolucion, animando á sus partidarios y prometiéndoles que todo lo que hicieran, seria hecho para gloria y triunfo de la religion, y que el Papa aprobaba todo de antemano.

El Arzobispo Monseñor de la Garza, á quien todos los partidos estaban conformes en reconocerle grandes cualidades y virtudes, pero que no estaba exento de fanatismo, dió crédito de buena fé á todas las insinuaciones de Labastida, y apoyó por todos los medios que estaban á su alcance sus miras y sus proyectos, y obrando así, llegó á convencerse que esto no era mas que el cumplimiento de su deber y que todo debia hacer *ad majorem gloriam Dei*.

Los liberales, que habian triunfado de nuevo, desterraron á todos los Obispos despues de haber publicado un decreto el gobierno, por el cual declaraba que el Estado se separaba de la Iglesia, y que el Estado seria independiente de la Iglesia, como esta lo seria del gobierno.

Poco tiempo despues murió el Arzobispo Garza; Monseñor Labastida, que se encontraba en Roma, fué informado sin pérdida de tiempo, y trabajó tan bien, que por sus intrigas y las grandes sumas de dinero que puso en juego, así como tambien hizo valer sus títulos de gefe de la insurreccion y del partido clerical, en que él estaba

apoyado, logró su nombramiento de Arzobispo de México, sin la proposicion previa que el gobierno del país debia haber hecho sin intermediario.

Monseñor Labastida, con el temor de encontrar una oposicion seria y fundada á su nombramiento, favoreció á la intervencion y supo maniobrar de tal manera, que salió bien.

A la llegada de la intervencion á México, el nuevo Arzobispo fué nombrado miembro de la Regencia, y fué á Miramar á felicitar y cumplimentar al Emperador, con la esperanza de poderlo dirigir á su gusto; pero mirando que S. M. proseguia la obra de los gobiernos que le habian precedido, sancionando los actos por los que sus predecesores declaraban propiedad nacional los bienes del clero, Monseñor se retiró á su palacio arzobispal.

Desde allí dirigió, sin ser inquietado como lo habia sido ántes, todos los movimientos; suministró dinero y consejos, obligando á muchos eclesiásticos á que se pusiesen á la cabeza de los descontentos.

El nombramiento de Monseñor Labastida al arzobispado, es ilegal; y es admirable que despues de los tantos daños y males que ha hecho al Imperio desde su decepcion, en aquello que él veia como un hecho consumado (la restitucion de los bienes del clero), no se le haya hecho comprender que para ser realmente arzobispo, el nombramiento del gobierno es indispensable, y que le falta hasta el dia este requisito.

Este medio hubiera sido suficiente para impedir que Monseñor Labastida se ocupase por mas tiempo en pronunciamientos; y el dinero que gastaba en una cosa tan poco loable, podria servir para ayudar á los eclesiásticos indigentes y aun á los seculares necesitados.

Su última pastoral es el principio de una obra de humildad cristiana; pero ¿se puede asegurar que no es el principio de alguna otra obra violenta? el porvenir nos lo dirá.

Tal es la vida pública de Monseñor Labastida; en cuanto á su vida y á su conducta privadas, me reservo hacerlas conocer mas tarde á V. M. si me hace el honor de pedírmelas: los hechos y los actos que resultan corroborados, se refieren á su vida pública.

Tengo el honor de ser con profundo respeto.

Señor:

De V. M. muy humilde y obediente servidor,

MAURY,



F
M
1